



---

**RECENSIONES**

---

Javier SÁNCHEZ ZAPATERO, *Arde Madrid. Narrativa y Guerra Civil*, Renacimiento (Col. Espuela de Plata – España en Armas), 2020, 524 páginas, por Fernando Larraz (Universidad de Alcalá), [fernando.larraz@uah.es](mailto:fernando.larraz@uah.es)

DOI: <https://doi.org/10.20318/hn.2022.6496>

---

*Arde Madrid. Narrativa y Guerra Civil* ofrece nuevas evidencias de algo que la historiografía literaria ha constatado reiteradamente: la relevancia cuantitativa y cualitativa que en el desarrollo de nuestras letras ha tenido el tema de la guerra española de 1936-1939 desde su mismo estallido hasta la actualidad. Es una realidad incontestable, tomada habitualmente de manera casi axiomática, que el acontecimiento nuclear de la historia contemporánea nacional ha sido objeto del mejor pensamiento literario a través del arte de la novela y del cuento, pero también de la malversación de la función de la literatura, al convertirla en propaganda partidista. De ahí que la Guerra Civil como tema literario haya sido, a su vez, territorio visitado recurrentemente por la crítica y la historiografía literarias. Estudios y monografías —desde las aportaciones pioneras de Maryse Bertrand de Muñoz al interés que despertó el análisis crítico de *La Guerra Civil como moda literaria*, de David Becerra hace unos años—, proyectos de investigación, tesis doctorales... demuestran la conciencia de que sigue quedando una vuelta de tuerca al conocimiento de la contribución que el pensamiento literario ha hecho para forjar la conciencia histórica. En efecto, a pesar de lo mucho ya realizado y debatido —a veces, de forma controvertida—, sigue quedando mucho campo que desbrozar para apurar la significación literaria que se le ha dado a la guerra civil: matices inadvertidos, perspectivas novedosas, relaciones inéditas, jerarquías y clasificaciones y textos desatendidos. Sobre todo, en el análisis en profundidad de los distintos intereses suscitados por los variables contextos sociales y políticos de nuestra historia que es preciso ver desde una cierta lejanía.

Adentrarse en la cuestión, en consecuencia, puede implicar recaer la reiteración o bien apuntar hacia sendas inexploradas. *Arde Madrid* parte de un conocimiento muy detallado del estado de la cuestión y de la concreción de su objeto de estudio, lo que le permite sortear el

riesgo de la repetición. Su autor, Javier Sánchez Zapatero, se muestra además muy consciente del doble filo en el que la literatura se mueve ante el gran hito de la división de España en dos mentalidades secular y cruentamente divididas. En la urdimbre de su extenso análisis está siempre presente cómo la narración es, en nuestra cultura, un modo irrenunciable para poder comprender y comprendernos históricamente, pero también cómo puede degenerar en una herramienta espuria para mistificar lo ocurrido y consolidar prejuicios. Es la diferencia entre inquirir a la realidad cuáles son sus claves al relatarla o acudir a ella únicamente para ratificar las creencias previas y divulgarlas, frontera verificable en toda literatura con afán testimonial que se patentiza de forma especial en este caso. La perspectiva que adopta *Arde Madrid* es especialmente fértil para los matices: el análisis de un espacio geográfico tan cargado de connotaciones como Madrid, que fue capital de la nación y, sobre todo, símbolo del poder y de la soberanía, de la identidad nacional y del corazón del pueblo, de la inteligencia y de la tiranía. Esta pluralidad de significaciones, multiplicada potencialmente por las particularidades que otorgan las subjetividades, las épocas y las intenciones, es abordada de una manera exhaustiva en *Arde Madrid*: las transformaciones que vive la ciudad, tanto en el plano físico (el metro convertido en refugio antiaéreo, los hoteles en hospitales) como en el simbólico (“Capital de la Gloria”, “No pasarán”...), la irrupción de un nuevo léxico (pacos, paseos, checas, quintacolumnistas...), la disolución de las clases sociales, la ruptura de formas de convivencia, la extranjerización y, sobre todo, la imposición de un clima de violencia generalizada hacen que el corpus analizado sea un registro de la transformación de un espacio urbano en el que destrucción, violencia, individualismo, hambre, terror... conviven con heroísmo, determinación, alegría y sacrificio.

Es muy exhaustivo el trabajo de recopilación, organización, lectura y análisis de las fuentes que subyace a la redacción de las más de quinientas páginas de *Arde Madrid*. El corpus manejado sorprende por su volumen; el análisis, por la minuciosa capacidad para establecer tipologías de género, intención, orientación ideológica y valor literario. Entre esta tipología, Sánchez Zapatero destaca, basándose en lo apuntado por Javier Cervera sobre *Madrid en guerra* (2006), un criterio temático que después se verificará en las obras: la focalización de cada autor en una de las tres capitales que se yuxtapusieron en aquellos años; la ciudad clandestina, la de aquellos opuestos al Frente Popular que se escondieron, resistieron o fueron reprimidos por los milicianos; la ciudad resistente, la de quienes defendieron con las armas la legalidad republicana

frente a la agresión fascista; y la ciudad silenciosa, la de quienes soportaron las penalidades de casi tres años de guerra.

Pero el criterio dominante, el que articula la organización del volumen en su conjunto, es el lugar de enunciación. Con este punto de partida, Sánchez Zapatero realiza un recorrido diacrónico en seis capítulos que, sumados al introductorio, cartografían las modalidades literarias del Madrid bélico. El capítulo segundo del libro, que sigue a la introducción, está dedicado a los relatos producidos por autores republicanos desde dentro de la misma ciudad: escrituras que sirven a la creación del mito de la resistencia heroica al fascismo gracias a la solidaridad internacional y, sobre todo, al heroísmo del pueblo. Se constata cómo el optimismo y la euforia épica van dejando paso paulatinamente al derrotismo y a la reflexión, sobre todo, a partir de 1938. Es una novelística de circunstancias, vehemente, que sirve con mayor o menor destreza literaria para justificar la acción republicana. Su aspecto más controvertido, desde el punto de vista histórico, está en el tratamiento que cada autor hace de la violencia represiva. Pero también, aunque en menor medida, refleja aspectos menos ejemplares, principalmente las discusiones y disensos entre los grupos políticos que sostienen a la República, que se ven agudizados a medida que pasan los meses. Ramón J. Sender, Eduardo de Guzmán, José Herrera Petere, Eduardo Zamacois... forman parte del corpus de este capítulo, alguno de los cuales es reivindicado por Sánchez Zapatero.

El tercer capítulo recopila muestras de la conversión literaria de la guerra en expresión épica de la cruzada redentora destinada providencialmente a la victoria. Es la narrativa de los sublevados, que ven en el Madrid sitiado la apoteosis metonímica del sistema republicano y democrático contra el que se han levantado: una ciudad subyugada al imperio de matones, aprovechados y resentidos, antinacional, vulgar, blasfema, inmoral, anárquica, degradada... como el mismo régimen del que es capital. Tal caracterización pone la literatura al servicio de la legitimación de su causa. Es la narrativa, sobre todo, de Falange durante la guerra —Agustín de Foxá, Jacinto Miquelarena, Tomás Borrás...—, que tiene prolongación en la alta posguerra con las obras martirologías que escribieron Francisco Camba, Wenceslao Fernández Flórez, Emilio Carrere, Edgar Neville, Alfredo Marquerie o Carmen de Icaza, la mayoría autores que alcanzaron una notable popularidad. Trazo grueso, didactismo, arquetipos, hipérbolos expresionistas y plaga de tópicos elaborados con mayor o menor pericia narrativa caracterizan esta literatura favorecida y aprovechada por el régimen recién instaurado.

El revés de la acrítica euforia victoriosa está en la elaboración literaria del Madrid en guerra realizada desde el exilio, que se aborda en el quinto capítulo. La derrota genera relatos que trascienden el sectarismo y favorecen la reflexión sobre las causas del desastre, sin que ello signifique renunciar a los valores que se defendieron. Es la narrativa crítica hecha por republicanos como Manuel Chaves Nogales, Elena Fortún o Clara Campoamor, liberales burgueses inequívocamente antifranquistas que, desde la diáspora, elaboran sus relatos en estos años cuarenta con el fin de racionalizar lo vivido. Estas características afectan tanto a los textos más puramente ficcionales como a los autobiográficos, en los que el exilio fue particularmente fértil. A propósito de este segundo grupo, se estudian de forma pormenorizada *La arboleda perdida*, de Rafael Alberti, *Memoria de la melancolía*, de María Teresa León, y *La llama*, de Arturo Barea. También reciben atención los textos más ficcionales de César M. Arconada, Valentín de Pedro, Paulino Masip, Antonio Sánchez Barbudo... Hay en todos estos relatos una heterogénea yuxtaposición de recuerdos idealizados — especialmente presentes en Alberti—, memorias dolorosas y aun traumáticas, denuncia de la violencia desatada por las milicias —en De Pedro—, afán de registro cronístico —en Sánchez Barbudo— y una común defensa de la legalidad republicana. Sobre todas ellas, se destaca la ambición literaria de las novelas de *El laberinto mágico* de Max Aub ambientadas en Madrid —*Campo abierto* y *Campo del Moro*— y de *El rey y la reina*, de Sender.

El sexto capítulo aborda “La larga sombra de la guerra” en la producción narrativa durante el franquismo, una vez superados los excesos maniqueos y grandilocuentes de la primera posguerra. Efectivamente, las modulaciones retóricas a las que se sometió el relato del acontecimiento, bien para adecuarlo a las contingencias del discurso oficial, bien para practicar una suerte de posibilismo dentro de los márgenes que dejaba la censura, dio lugar a un corpus que siguió creciendo durante los años cincuenta y sesenta. En este sentido, se marca como hito para el quiebro de rumbo de los discursos narrativos dominantes sobre el Madrid bélico y sobre la guerra en general la publicación de *Los cipreses creen en Dios*, de José María Gironella, en 1953, que desveló la posibilidad de un nuevo modelo oficial, más objetivo en apariencia y más eficaz en su afán legitimista. Un paso más allá en la intención normalizadora del régimen fue la publicación de *Las últimas banderas*, escrita por un perdedor de la guerra, Ángel María de Lera, cuya autorización sorprendió en su momento y ha de ser vista bajo la perspectiva del oportunismo de los censores. El capítulo analiza asimismo otras obras de estos años publicadas en la España franquista, entre las que hay éxitos de ventas como *Tres días de julio*, de Luis

Romero; fracasos de autores consagrados, como *San Camilo 1936*, de Camilo J. Cela; y obras que quedaron inéditas, como *Misérias de la guerra* y *Por Dios y por España*, de Pío Baroja y Diego San José respectivamente. El último capítulo extiende el análisis de la literaturización del Madrid en guerra desde el fin de la dictadura hasta la actualidad, periodo marcado por sucesivos procesos sociales de relegación de la guerra y la dictadura como temas en nuestra cultura, optimismo modernizador y *boom* de la memoria histórica. Los nombres de Juan Iturralde y Juan Eduardo Zúñiga en plena transición y de Ignacio Martínez de Pisón y Antonio Muñoz Molina ya en el siglo XXI significan algunas cumbres literarias que son puestas en diálogo por Sánchez Zapatero.

*Arde Madrid* aporta una perspectiva inédita para volver a reflexionar sobre la multiplicidad de usos y potencialidades de la literatura narrativa sobre la guerra civil al contempla el corpus desde la topografía urbana de la capital. La meticulosidad del análisis y el vasto repertorio de fuentes permiten contemplar la complejidad del tema y su evolución cronológica, así como rescatar algunas voces hasta ahora desatendidas por motivos distintos, entre los que el más frecuente es haber enunciado sus relatos a destiempo de contextos propicios. El libro es el resultado de una obra bien hecha: análisis crítico muy sólido y perspicaz, argumentación clara, detallista y precisa, lecturas minuciosas del texto y conocimiento de los contextos harán de este trabajo una referencia ineludible para futuras investigaciones.